

Madrid, 4 de abril de 2020
Tres semanas de confinamiento

Ha muerto Gabriel Moris, un hombre bueno.

Durante la pandemia del coronavirus, no sé si a consecuencia del coronavirus, ha muerto un luchador infatigable en la búsqueda de la verdad.

Gabriel perdió a su hijo Juan Pablo el 11 de marzo de 2004. Dieciséis años después, nos ha dejado sin haber encontrado la verdad.

Deberíamos poder encontrar la verdad en la justicia de los hombres. Pero, para algunos, solo cuenta la Verdad. La razón de Estado.

Como Zola, acusaba al juez Gómez Bermúdez de comenzar los hechos probados de su sentencia afirmando que los muertos en Leganés pusieron bombas en los trenes.

Esa barbaridad fáctica y jurídica no fue desautorizada por el Supremo. Tampoco rebatida por las supuestas élites de la sociedad civil.

No es de recibo que el mismo 8 de marzo, pocas horas después de las manifestaciones, todo se volcara como para decretar el estado de alarma solo seis días después.

Es de todo punto inadmisibles, constitucionalmente, aprovechar un estado de alarma para limitar derechos fundamentales.

Solo la declaración por el Congreso de los Diputados del estado de excepción podría dar cobertura a la limitación de las libertades de circulación y de reunión.

China nos quedaba muy lejos. Italia, no. Pero se desoyeron las advertencias de diversos organismos internacionales, la OMS entre ellos.

Centralizar la toma de decisiones en un Ministerio de Sanidad sin competencias y, por tanto, sin equipos de gestión profesionales, es temerario.

La supuesta mejor sanidad del mundo no tiene equipos de protección suficientes para sus profesionales y para los cuerpos de seguridad.

La supuesta mejor sanidad del mundo no tiene test suficientes para realizarlos masivamente y así poder tomar decisiones con información útil.

No es de recibo que se deje morir a cientos de personas en planta de los hospitales o en centros compasivos cuando la sanidad privada dispone de capacidad libre de UCI.

La masacre que se está produciendo en decenas de residencias de ancianos es impropia de un país mínimamente desarrollado.

Tenías la suerte de ser creyente, Gabriel. No sé si una fortaleza o una debilidad para la búsqueda de la verdad. Descansa en paz.

Un abrazo a todos. Y cuidaos mucho.

Enrique Boto